

## LA ASCENSION.

CONFERENCIA PREDICADA EN PARIS, EN 1851.

*Præcursor pro nobis introivit Jesus in cælum.*

« Jesucristo no ha entrado en el cielo sino en calidad de precursor nuestro. »

(San Pablo á los Hebreos, II, 20.)

El profeta Daniel habia predicho que el Mesías nos descubriría los verdaderos caminos de la vida, en la que el hombre, á la diestra de Dios, contemplando á Dios, seria inundado de una alegría eterna, de una felicidad infinita: *Notas mihi fecisti vias vitæ, adimplebit me lætitiâ cum vultu tuo; delectationes in dextera tua usque in finem.* (Psalm. xv, 11.)

Y aun cuando durante el tiempo que Jesucristo pasó sobre la tierra haya sido siempre nuestro camino, nuestra verdad, nuestra vida, como él mismo lo ha dicho: *Ego sum via, veritas et vita*; nuestro camino por sus ejemplos, nuestra verdad por sus doctrinas, nuestra vida por sus prodigios; sin embargo, dice San Ambrosio, por el misterio cuyo recuerdo celebra hoy la Iglesia, por medio del misterio de la Ascension, es por el que Jesucristo ha descubierto para todo el mundo los caminos del cielo, ocultos y cerrados á todo el mundo; *Hodie Christus ab inferis surgens ad superos, viam quam non prius habebamus ignotam fecit nobis notam.* Estos resultados de la ascension de Jesucristo al cielo son los que el apóstol San Pablo nos recordaba por estas palabras: « Jesucristo no ha entrado en el cielo para si mismo; ha entrado en él en calidad de precursor, de representante de toda la humanidad: « *Pro nobis introivit præcursor Jesus in cælum.* »

Llamado, hermanos míos, por vuestro venerable y celoso pastor para decirnos hoy algunas palabras de edificacion, no quiero ocuparos sino del misterio del dia, de la Ascension de nuestro amoroso Salvador, porque nada es mas capaz de confirmarnos en nuestra fe, de excitar nuestra piedad y de encender mas y mas la caridad en nuestros corazones. Verémos pues como Jesucristo ha descubierto en el dia de hoy los caminos del cielo, porque nos ha adquirido un derecho, porque nos ha hecho una revelacion, porque nos ha dado una enseñanza por medio de la cual, marchando por sus huellas, podemos tambien llegar al cielo; *Præcursor pro nobis introivit Jesus in cælum.*

Pero recordemos que si Jesucristo es el camino del cielo, María, como la saluda la Iglesia, es la puerta del cielo, *janua cæli*: comencemos pues por implorar, por intercesion de esta poderosa Virgen, la gracia de lo alto para aprovecharnos de este derecho, de esta revelacion, de esta enseñanza, saludándola nosotros tambien. *Ave Maria.*

### PRIMERA PARTE.

Toda la economía del gran misterio de la encarnacion del Verbo, de la redencion del hombre, se halla contenida en esta doctrina de San Pablo: que el Verbo eterno, haciéndose hombre, se ha hecho el representante de la humanidad entera. « Y, dice San Leon, porque el Verbo eterno ha reunido en sí por la encarnacion la naturaleza de todos, sin el pecado, por eso ha podido defender la causa de todos y asegurar y conseguir la salvacion de todos. »

Y pues que estamos representados en la persona de Jesucristo, todos sus misterios nos son comunes, nos son personales; todo lo que ha sucedido á Jesucristo, debe sucedernos tambien, debe ser tambien extensivo á nosotros, debe repetirse en nosotros. « Así pues como la resurreccion de Jesucristo, dice San Agustin, ha sido nuestra esperanza, así su ascension al cielo y su triunfo son tambien nuestra propia

gloria y nuestra propia ascension. No es para él solo para quien hoy ha ascendido al cielo; no ha subido a él sino en calidad de nuestro delegado con poderes, de nuestro representante, para tomar posesion de él en nombre del hombre, á quien ha rescatado. »

Y nada es mas razonable; « porque, acordáos, dice San Agustin, de la doctrina de San Juan : así como el pensamiento del hombre al manifestarse al exterior permanece siempre en el espíritu del que lo ha formado, así el Verbo eterno, después de haber bajado á la tierra, aun cuando se ha hecho visible en la humanidad, no se ha separado jamás del seno del Padre eterno; que lo ha engendrado de toda la eternidad; de suerte que el Verbo eterno, aun después que se ha hecho hombre, y mientras que estaba sobre la tierra en el seno de su madre terrestre, no se ha separado nunca del seno de su Padre celestial. » Jesucristo no tenia pues necesidad de ascender al cielo en su calidad de Dios, porque en esta calidad no se habia separado jamás de su padre; no ha subido pues sino en su calidad de hombre.

Y como el Verbo eterno, como hombre, es el jefe del hombre, es el hombre por excelencia, representando en sí toda la humanidad; « así, aun entrando solo en el cielo, ha introducido con él, dice San Leon, la promesa, las primicias de nuestra humanidad; *Aram nostræ conditionis imposuit.* »

Pero ¿ cómo puede conciliarse esta doctrina con la declaracion solemne que ha hecho Jesucristo en su Evangelio, cuando ha dicho : « Nadie puede subir al cielo, excepto el que, haciéndose hombre, no ha dejado por eso de ser el Hijo de Dios, permaneciendo en el cielo; *Nemo ascendit in caelum nisi qui descendit de caelo Filius Dominis qui est in caelo?* »

¿ Qué expresion, hermanos míos! Qué declaracion! Así os ha declarado el amoroso Salvador que, excepto él, nadie puede subir al cielo. ¿ Dios mio! estas expresiones turban nuestra alegría, esas palabras echan por tierra, destruyen nuestra esperanza. No temais, dice San Agustin; recordad el misterio de que habla el apóstol San Pablo, del que habla siempre y en cada página de sus admirables cartas. El dice : « Jesucristo es el jefe de la Iglesia, todos los que componen la Iglesia, que pertenecen al cuerpo y al espíritu de la Iglesia, forman, con-

stituyen un cuerpo compacto, un cuerpo perfecto, cuyos miembros reciben el espíritu y la fuerza del jefe segun su medida y en proporcion de su capacidad; *Christus est caput corporis Ecclesie ex quo corpus compactum et conexum per omnem juncturam subministrationis, secundum operationem immensuram uniuscujusque.* » (Eph., iv, 16.) Oh cuán profunda, y al mismo tiempo cuán consoladora para nosotros es esa doctrina! Así como en el cuerpo del hombre los huesos son la armadura que sostiene la máquina, así en la Iglesia los huesos son los obispos, sucesores de los apóstoles, sobre los que descansa aqui bajo en la tierra el cuerpo de la Iglesia. En nuestros huesos se apoyan las venas, las arterias, los nervios, por medio de los que la sangre, la fuerza, el movimiento, la vida, se espandan del jefe, de la cabeza hasta el último de los miembros en proporcion de su fuerza, de su debilidad, de su capacidad. Y si esas venas, esas arterias, esos nervios son los ministros de la Iglesia, son los predicadores del Evangelio, por medio de los cuales las doctrinas de Jesucristo por la predicacion, la gracia de Jesucristo por la administracion de los sacramentos, todo el movimiento de la vida espiritual del jefe, que es Jesucristo, apoyándose siempre en los huesos (los obispos, los apóstoles), se extienden sobre todos los fieles, que son los miembros de esta Iglesia; y en calidad de jefe de la Iglesia es, dice San Agustin, como ha pronunciado aquella grande expresion : « Nadie sube al cielo sino el que ha bajado del cielo. »

En calidad de jefe de la Iglesia, no está separado de nosotros, hermanos míos; está en el cielo, nosotros estamos en la tierra; pero si tenemos la dicha de pertenecer á la Iglesia por la fe de la Iglesia, por las prácticas, por las esperanzas de la Iglesia; si tenemos la felicidad de pertenecer al espíritu y al cuerpo de la Iglesia, ¿ no! no! no estamos jamás separados de Jesucristo.

Al decirnos pues que nadie sube al cielo sino el que ha bajado del cielo, Jesucristo mismo ha querido advertirnos que si queremos subir al cielo es menester que nos convirtamos en él; es menester que, mediante la fe en sus misterios, mediante la confianza en sus promesas, por la aplicacion de sus merecimientos, por la práctica de su culto, por el amor á sus leyes,

nos incorporémos en él; es menester que nos convirtamos en un ser solo y mismo con él. Y entonces no somos nosotros los que subimos al cielo; es él quien, con nosotros y en nosotros formando todo entero el cuerpo de la Iglesia, es siempre él el que sube al cielo; y nosotros no subimos sino por él y en él; *Nemo ascendit in cœlum nisi qui descendit de cœlo, Filius Dominis.*

Pero, no solamente nos ha conquistado hoy Jesucristo el derecho de subir al cielo con él porque ha subido al cielo en nuestro propio cuerpo, sino tambien porque ha hecho subir al cielo con él otros muchos cuerpos de nuestra humanidad. Permitid que os recuerde una tradicion muy antigua y muy consoladora de la Iglesia: ¿sabeis, hermanos míos, por qué el monte en donde nuestro amoroso Salvador cumplió la obra de nuestra salvacion se llama el monte Calvario? Porque sobre esta montaña misteriosa habia sido sepultada la *calavera* de Adan. Esta es la opinion de San Ireneo, de San Atanasio, de San Cirilo, de San Juan Crisóstomo, de San Basilio, de San Gregorio Nacianceno, de San Ambrosio, de San Agustin y del mismo San Jerónimo, que, habiendo negado esta tradicion en una parte, la atestigua y la admite en otra. Pero son dignas de citarse por entero las palabras de Orígenes sobre esta tradicion. « No es pensamiento mio, dice, sino la tradicion es la que ha venido hasta mí, y es la que me ha enseñado que Jesucristo fue crucificado en el mismo sitio en que Noé habia sepultado á Adan. » Y ved la razon, hermanos míos, porque se pone al pie de la cruz, junto á la imágen de Jesucristo crucificado, una calavera: este cráneo representa el cráneo, la calavera de Adan. « Jesucristo debia, dice San Ambrosio, hacer disfrutar los primeros efectos de la redencion á Adan, por quien se habia introducido el pecado en el mundo. »

Cuando Jesucristo pues fue crucificado en este sitio misterioso, los huesos de Adan, segun la profecia de Daniel, fueron salpicados de gotas de sangre del Salvador, que corrian sobre ellos, y saltaron de alegría; esos huesos se alegraron extremadamente; *Exultabunt ossa humiliata*. Y dice San Ambrosio que Adan es el primero á quien Jesucristo al morir ha hecho resucitar, porque nosotros sabemos por el Evangelio, hermanos míos, que en el momento en que espiró Jesucristo, un

gran número de cuerpos de los santos del antiguo Testamento resucitaron de sus sepuleros. Y entre esos cuerpos de los santos que dormian en el sepulcro y en la muerte, y á quienes el Hijo de Dios, el Redentor del mundo ha llamado á la vida, el primero ha sido el padre de toda la especie humana, Adan, de quien se dice en el libro de la Sabiduría que el Verbo eterno se ha apresurado tanto á sacarle de su crimen porque era el primer hombre que habia tenido el honor de salir de las manos mismas de Dios; *Sapientia illum qui primus formatus est a Deo eduxit à delicto suo*. Luego si Jesucristo hubiese resucitado solo, no hubiéramos nosotros creído que pudiéramos resucitar tambien con él. Hubiéramos dicho: « Ha resucitado, nada mas natural; un hombre que al mismo tiempo es Dios puede resucitar de la muerte; pero nosotros, desgraciados, que no somos mas que hombres hijos de la tierra, nosotros no podemos resucitar. » Pero después que Jesucristo, al morir en la cruz, ha resucitado á Adan y á los primeros patriarcas, y después que hoy, subiendo al cielo, segun la expresion de David, que habia visto de léjos y contemplado ese gran misterio, Jesucristo, elevado de la tierra, ha introducido en su compañía en el cielo á Adan resucitado y á todos los santos patriarcas del antiguo Testamento, ¿ay! hermanos míos, no podemos ya dudar que tambien nosotros podemos, no solamente resucitar, sino entrar en alma y cuerpo en el cielo, puesto que nuestro primer padre Adan, puesto que todos los santos que nos han precedido en el camino de la fe de Jesucristo, porque ellos han creído en Jesucristo que debia venir, como nosotros creemos en Jesucristo que ha venido, han gozado de este beneficio. No podemos dudar ya que ese derecho que les ha sido concedido no nos lo sea tambien; á saber, el de resucitar un dia en alma y cuerpo para seguir á Jesucristo hasta el cielo; *Præcursor pro nobis introivit Jesus in cœlum*.

De esta manera es como Jesucristo ha cumplido la deliciosa parábola del Evangelio, en la que dice que un pastor que tenia cien ovejas, habiendo perdido una sola, dejó las noventa y nueve en el desierto, y fué á buscar la centésima, que se habia escapado del redil; y habiéndola encontrado, léjos de haberla regañado y dado de golpes, la ha apretado contra su

pecho, la ha puesto sobre sus hombros y la ha llevado al redil. Jesucristo mismo nos ha dicho : « Yo soy el buen pastor ; *Ego sum pastor bonus.* »

Las noventa y nueve ovejas que ese buen pastor ha dejado en el desierto, son los ángeles, que se hallan como noventa y nueve á uno con relacion á la humanidad ; es decir, que son noventa y nueve veces mas numerosos que todos los hombres que han sido, que son y que serán sobre la tierra hasta el fin del mundo. La centésima oveja extraviada es la humanidad. El pastor pues que ha dejado las ovejas en el desierto para ir á buscar á la centésima, es el Verbo eterno, que, habiendo dejado á los ángeles en el cielo, ha venido á buscar á la tierra á la humanidad extraviada por el pecado de su padre, la cual servia de presa á la rabia de los lobos infernales ; porque él mismo ha dicho : « Yo he venido á la tierra á buscar á los que se habian perdido ; *Veniit Filius hominis quærere et salvum facere quod perierat.* (Luc., xix, 10.)

Durante su vida mortal, el Verbo eterno de Dios, hecho hombre, ha buscado y ha encontrado esta humanidad ; porque él la ha unido á sí propio en su persona divina ; ha buscado y ha encontrado á la humanidad, la ha llamado con su dulce voz por medio de su predicacion, la ha lavado con su propia sangre, la ha fortificado, la ha consolado por su gracia y la ha vivificado por su muerte. « Y al subir hoy al cielo, dice San Epifanio, al subir al cielo y al llevar consigo las primicias de la humanidad restaurada, al llevar consigo los cuerpos y las almas de los patriarcas resucitados, al llevarlos consigo por su virtud divina, es el buen pastor, que ha tomado en sus manos, ha puesto sobre sus hombros la oveja que viene á rescatar, y que él lleva al cielo, al redil eterno, para ofrecerla como en homenaje de gloria á su divino Padre. Y esta oveja es la humanidad. »

Así, hermanos míos, es como Jesucristo nos ha asegurado en el día de hoy el derecho de subir al cielo, nosotros también con nuestra alma y con nuestro cuerpo. Vamos á ver ahora como por el mismo misterio nos ha hecho una grande revelacion. Este es el objeto de mi segunda parte.

## SEGUNDA PARTE.

La filosofía antigua se dividió en dos grandes sectas : la de los materialistas, que no admitían mas que el cuerpo, y á quienes se llama epicúreos ; y la de los espiritualistas, que no admitían mas que el alma, y que eran llamados la secta de los estóicos. Pero aun haciéndose la guerra á ambas sectas, convenían, sin embargo, en una sola doctrina relativa al origen y al fin del hombre. A despecho de la creencia de la humanidad, que habia creído siempre, que creia siempre que el hombre ha sido creado directamente por Dios, que Dios es quien le ha dado la doble vida, la vida física, que consiste en la union del alma con el cuerpo, y la vida de la inteligencia, que consiste en la union del espíritu con la verdad ; á despecho de la creencia universal del género humano, que habia creído que Dios habló al primer hombre, que le enseñó á hablar, que le ha revelado todas las leyes conservadoras de su ser, que le ha revelado todos los misterios de su condicion y de su destino, y que así es como se ha introducido la religion en el mundo, y como han conocido los hombres el derecho, la honradez, la verdad ; á despecho, digo, de la creencia universal del género humano, la filosofía antigua enseñaba que el hombre ha nacido de la tierra, como las cebollas, ó bien de la corrupcion, como los animalillos ; que los primeros hombres no eran sino bestias salvajes, sino un ganado de bestias mudas, feroces, que no tenían otras habitaciones que las cuevas, no conocían otro alimento que las bellotas, ni otra ocupacion mas que la guerra ; y que con el tiempo han inventado las leyes, han creado la religion, y han fundado la sociedad. Con sistemas tan absurdos sobre el origen del hombre, conoceréis muy bien, hermanos míos, que no podrían tener una doctrina mas sana sobre el destino y sobre el último fin. A despecho también de la creencia de la humanidad, que habia creído siempre que el hombre á su muerte puede aspirar á una felicidad ó puede sufrir una desdicha eterna, que hay un castigo sin límite para el crimen, como hay una recompensa eterna para la virtud ; á despecho de esta creencia universal.

que no habian podido destruir en la conciencia de la humanidad; los filósofos, aun los que admitian la inmortalidad del alma, no admitian esta inmortalidad sino como una permanencia mas ó menos larga del alma en el cuerpo (*permanere animos putamus*); no creian en otra recompensa para los buenos sino en su satisfaccion propia y en el recuerdo del bien; no creian en otro castigo para los malvados sino en el disgusto propio y en el recuerdo del mal. No tenian pues la menor idea, ó mejor, no tenian mas que una idea muy oscura de la felicidad ó de la desdicha del hombre, segun que está unido á Dios ó separado de él por toda la eternidad.

No hay que extrañar, hermanos míos, que los antiguos filósofos profesasen semejante doctrina: no poseian la revelacion cristiana, que nosotros tenemos la felicidad de conocer y poseer. Pero lo que sí es extraño, lo que es increíble, es el ver en nuestros días, en pleno siglo XIX, para escándalo, no solamente de la religion, sino de la civilizacion, de la razon humana, para vergüenza de la dignidad humana, de la enseñanza cristiana; es ver en nuestros días restaurar, enseñar las mismas doctrinas en que el absurdo contrasta hasta el último grado con el ridículo. Hoy mismo en explicaciones públicas se os enseña, se enseña á vuestra interesante juventud, que los primeros hombres no eran mas que fieras estúpidas, sin lenguaje, sin razon; que poseian cinco instintos, cinco sentimientos en su corazón: el sentimiento de lo útil, el sentimiento de lo justo, el sentimiento de lo bello, el sentimiento religioso y el sentimiento de la razon. Dotados de estos cinco sentimientos, sin saber quien se los dió al hombre, cierto día, consultando el sentimiento de lo útil, esos hombres, esas bestias salvajes crearon ¿sabeis el qué? las matemáticas.

En la segunda época, consultando el sentimiento de lo justo, crearon las leyes, inventaron la sociedad. En la tercera época, consultando el sentimiento de lo bello, crearon las bellas artes. Y hasta esta tercera época los hombres vivian sin Dios, sin religion, sin moralidad; no reconocian ninguna ley moral, ningun deber; cuando á la cuarta época consultaron su sentimiento religioso, é inventaron á Dios y á la religion y al culto; pero inventaron todo esto bajo formas simbólicas.

Así, á la quinta época, apercibiéndose de que poseian el sentimiento de la razon, han querido darse cuenta de los símbolos que ellos mismos habian creado, y han querido razonar sobre la religion, que consideraban como obra suya, y han inventado la razon y la filosofia. Ved ahí lo que se enseña, lo que se profesa en público sin ruborizarse, sin avergonzarse de insultar con semejante enseñanza, no digo á la religion, sino al buen sentido mas vulgar.

Segun estos principios con relacion al origen del hombre, podeis deducir por vosotros mismos cuales serán las doctrinas respectivas al fin del hombre. Se os dirá que después de la muerte es incierto que el alma conserve una individualidad propia, es incierto si el *yo* humano tiene conocimiento de sí mismo, ó bien si va á perderse en la naturaleza pantea, en el todo infinito, que no existe mas que en su imaginacion, enferma por la duda ó ciega por el orgullo.

De suerte que, descomponiéndose el cuerpo del hombre por la muerte, y viniendo el alma del hombre á quedar absorbida por la naturaleza infinita, nada queda ya del hombre después de la muerte, segun esos grandes sabios del mundo, y el último fin del hombre es la nada.

Ya concebiréis cuales son las consecuencias de semejantes doctrinas. Una vez que se ha admitido que el hombre es quien ha creado la religion, pudiendo ser destruidas las cosas por las mismas causas que las han creado, si el hombre ha creado la religion, puede destruir la religion; si el hombre ha creado las leyes, puede destruir las leyes; si el hombre ha creado la sociedad, puede destruir la sociedad; si el hombre ha inventado la propiedad, puede tambien destruir la propiedad: nada hay ni verdadero ni falso, ni justo ni injusto, ni bueno ni malo; todo ello es concepcion arbitraria del hombre, es creacion del hombre, que el hombre puede destruir á su placer. Así, ya veis, hermanos míos, que todas las consecuencias que os amenazan no son sino resultado de las doctrinas filosóficas que se enseñan en Europa desde hace cuarenta siglos, y que si estas consecuencias son funestas y ruinosas, por lo menos son lógicas, porque proceden de la enseñanza filosófica que se ha dado en las escuelas. Y si hay, hermanos míos, entre vosotros un número tan grande de personas instruidas que

crean todavía en las doctrinas del cristianismo, que profesen todavía la fe cristiana, no es por defecto de la filosofía, que ha hecho todo lo que dependía de ella para destruir en la juventud todo sentimiento y toda idea de religión. Por vuestro defecto, madres cristianas, por vuestro excelente, por vuestro noble, por vuestro precioso defecto, es por el que habeis salvado la religión en el corazón de vuestros hijos y también en vuestro país. El clero entra por mucho en la conservación del cristianismo y del catolicismo en Francia, no hay duda ninguna; pero también es cierto que el sacerdote no tiene influencia en la sociedad pública sino por medio de la familia, y por consiguiente por medio de la mujer. La mujer cristiana es quien, por una segunda naturaleza que ha inspirado a su hijo, la naturaleza cristiana, la naturaleza católica, le ha hecho fuerte contra la enseñanza de la ciencia; las madres cristianas son las que, por medio de la enseñanza doméstica, han paralizado de antemano los efectos temibles de la enseñanza de escuela. Permaneced pues firmes en esta augusta misión, en este apostolado importante por medio del cual, asegurando en la religión a vuestros hijos, vosotras la aseguráis a la Francia; y asegurándola a la Francia, la aseguráis también su poder, su gloria, su felicidad.

Pero volviendo a las doctrinas por medio de las que ha tratado la filosofía de turbar, de confundir las ideas, las creencias que se deben tener acerca del hombre, Jesucristo, por el misterio de este día, ha echado por tierra y refutado todas las falsas doctrinas de la razón humana. El mismo Jesucristo ha dicho: « Yo estaba en el seno de mi Padre, he venido al mundo; al presente me separo del mundo y vuelvo al lado de mi Padre; *A Deo exivi, et veni in mundum; iterum relinquo mundum, et vado ad Patrem.* » (Joann., xvi, 28.) Y bien, hermanos míos; en estas expresiones ha trazado Jesucristo, no solamente su historia, sino nuestra historia: la historia del hombre, de la humanidad entera, está en la historia, en la vida de Jesucristo. Era el Verbo de Dios, ha venido al mundo y se ha hecho hombre. Nuestra alma estaba en las manos de Dios; él es quien la ha creado de la nada, quien la ha enviado al seno de nuestras madres. Jesucristo se ha unido al cuerpo y se ha hecho carne; Jesucristo Dios y hombre ha na-

cido, ha vivido sobre la tierra de una manera visible en cuanto hombre; nuestro espíritu ha nacido también y vive sobre la tierra en calidad de carne, porque es sensible por el cuerpo. Jesucristo ha muerto, y nosotros morimos también. Jesucristo resucitó, y nosotros resucitaremos un día también. Hoy ha subido al cielo en alma y cuerpo, y nosotros, también subiremos un día al cielo en él y con él.

Ved ahí el principio, el medio, el fin del destino del hombre. Jesucristo, subiendo hoy al cielo, nos dice él mismo por lo que le sucede, nos dice de una manera sensible, que nosotros, los hombres, somos los únicos seres del presente siglo que pertenecemos al siglo futuro; que nosotros somos los únicos seres del tiempo que pertenecemos a la eternidad; que, aun permaneciendo sobre la tierra, somos los candidatos del cielo. Esta es la revelación que Jesucristo nos ha hecho en el día de hoy por su misterio, y nos ha dado también una grande e importante enseñanza, de que os voy a hablar en muy pocas palabras en mi última parte.

---

### TERCERA PARTE.

Al relatarnos los evangelistas la magnífica ascension de Jesucristo al cielo, nos han descubierto una circunstancia muy importante: nos han dicho que Jesucristo subió al cielo desde la cresta del monte de las Olivas, es decir, desde la misma montaña en que estaba el jardín de Gethsemani; es decir, que no subió al cielo Jesucristo sino desde el mismo sitio en que algunos días antes se había prosternado humildemente sobre la tierra; es decir, que Jesucristo no se ha encontrado hoy rodeado de ángeles sino en ese mismo sitio en que pocos días antes se había visto rodeado por los verdugos; es decir, que no ha desplegado Jesucristo su grandeza, su majestad de Rey, sino en el mismo sitio en que fue prendido como un esclavo; es decir, que Jesucristo en el día de hoy no ha manifestado su poder de Dios sino en el mismo sitio donde fue aniquilado bajo el peso de la contrición de nuestros pecados, en el mismo

sitio en que habia agonizado como el último de los hombres; es decir, que Jesucristo no ha concluido su triunfo sino en el lugar mismo en que comenzó su pasión. ¿Sabeis pues la enseñanza, dice San Pablo, la enseñanza que resulta de todo esto? Es que nosotros no podemos participar de la gloria de Jesucristo á menos que no participemos igualmente de sus oprobios, sometiéndonos á sufrir todas las burlas, todos los sarcasmos del mundo cuando se trata de la gloria y de la confesion de Dios; por esta circunstancia, dice tambien San Pablo, quedamos tambien advertidos de no participar de los consuelos de Jesucristo á menos que no participemos del mismo modo de sus amarguras, sometiéndonos con la docilidad que manda el Evangelio á todas las incomodidades y amarguras que la Providencia permite nos sucedan.

Hermanos míos, solo con disgusto y repugnancia os recuerdo esta doctrina tan dura á nuestra delicadeza, á nuestra carne, á nuestra miseria y á nuestra debilidad; pero si yo os dijera una ley contraria, no seria sino el eco de esos funestos sistemas que tantos desórdenes han amontonado contra nuestra sociedad, y que amenazan todavía traer otros mayores. Si yo os dijera que pudierais entregaros al mundo, á los caprichos del mundo, á las exigencias del mundo, á las preocupaciones del mundo, sin que en nada pudiera comprometeros esto ante Dios; si os dijera que podeis gozar de todas las ventajas del tiempo, sin perder por esto, sin arriesgaros á perder las ventajas de la eternidad; en vez de instruiros, os engañaría; en vez de concurrir á vuestra salvacion, concurriría á vuestra perdicion; en vez de edificaros, os escandalizaria; haciéndome amigo, protector de vuestras pasiones, seria el enemigo declarado, el verdugo de vuestras almas; daría un mentís á Jesucristo, que es mi maestro, como lo es de vosotros; que es mi Dios, como lo es tambien vuestro; porque Jesucristo ha dicho que el reino de los cielos es el mérito de la vigilancia, y recompensa de los fuertes; *Regnum caelorum vim patitur, et violenti rapiunt illud.* (Matth., xi, 12.) Yo no puedo, hermanos míos, deciros otra cosa ni engañaros; pero soy feliz al anunciaros esta severa doctrina del Evangelio, que Jesucristo acaba de confirmar en el dia de hoy por la circunstancia del lugar desde el que ha hecho su ascension al

cielo; soy feliz al poderos decir que el mismo Jesucristo, segun una particularidad que nos ha enseñado, que nos ha conservado el evangelista San Lucas, antes de subir al cielo, elevando sus divinas manos, ha bendecido á su Madre, á sus apóstoles, á los primeros cristianos, á la Iglesia, que acababa de fundar; á la humanidad entera, que acababa de rescatar, y á la tierra, que acababa de santificar; *Et elevatis manibus, benedixit eis.* Y San Lucas añade tambien que Jesucristo no se habia contentado con esta bendicion, sino que cuando comenzó á elevarse sobre la tierra, en su camino hácia el cielo, no hacia otra cosa que confirmar y renovar las bendiciones á diestra y á siniestra; *Et benedicebat eis, et ferebatur in caelum.* ¡Cuán consoladora es esta circunstancia, hermanos míos! Por este hecho ha querido Jesucristo indicarnos que, aun teniendo nosotros obligacion de marchar por el camino que nos ha trazado del Calvario, aun teniendo obligacion de marchar nosotros con él, llevando nuestra cruz sobre nuestros hombros, renunciando á nosotros mismos, tenemos su bendicion para sostenernos, para vigorizarnos, para fortificarnos en el difícil camino de la salvacion.

Ved, en efecto, hermanos míos, con vuestra imaginacion, con vuestro pensamiento, mirad á la iglesia militante, que va á convertirse en iglesia triunfante, y que marcha hácia el cielo, siguiendo á Jesucristo, el jefe de los predestinados. Jesucristo lleva la cruz sobre sus hombros; en sus manos y en su costado están las llagas. Después de Jesucristo, la santa Virgen, que lleva tambien la cruz de sus dolores, cruz tan pesada como la corona de sus privilegios, de sus méritos, de sus gracias. Después ved á los apóstoles con la cruz de su apostolado, ved á los mártires con la cruz de sus tormentos, ved á los doctores con la cruz de sus estudios, ved á los confesores con la cruz de sus fatigas, ved á los penitentes con la cruz de sus austeridades, ved á las vírgenes con la cruz de su pudor, superada de la flor de lis de la castidad; ved á todos los santos de ambos testamentos, á todos los adoradores fieles de Dios, á todos los hombres justos de todas las edades, de todas las condiciones, de todos los sexos: todos llevan su cruz, la cruz de su heroismo secreto. No hay uno solo en esta corte que siguió á Jesucristo al cielo, no hay uno solo, hermanos

mios, que no lleve la tristeza del deber en su frente, las llagas de la penitencia en su cuerpo; que no lleve el sentimiento de la abnegacion y del sacrificio de su corazon, que no tenga las lágrimas del arrepentimiento en sus ojos. Pero al mismo tiempo, ¡ qué felicidad la de este santo escuadron! Mirad qué marcha tan intrépida, qué paso tan seguro, qué paz tan profunda, qué alegría tan perfecta! Y ¡ por qué? Porque les anima la fe de Jesucristo, les sostiene su esperanza; porque la gracia los vigoriza, porque los conducen sus ejemplos, porque la unción celestial es quien los consuela, y su bendición es quien los cubre, quien los defiende, quien los impulsa, quien los acompaña y quien los corona.

Y bien, hermanos míos, excitémonos también, excitemos nuestra esperanza, nuestro valor; tratemos de pertenecer á esta santa y dichosa sociedad; marchemos por el camino que hoy nos ha trazado Jesucristo; porque debemos estar seguros que, si participamos de los tormentos, de las penas, de los dolores de Jesucristo, participaremos igualmente de sus consuelos, de su gloria, de su felicidad; si sufrimos con él en el tiempo, seremos con él dichosos en la eternidad, que el buen Dios nos conceda. Así sea.

---

## LA FIESTA DE TODOS LOS SANTOS.

PREDICADA EN LA MAGDALENA DE PARIS.

---

*Si quis mihi ministraverit, honorificabit eum Pater meus.*

« Si alguno me sirve con fidelidad, mi Padre le honrará grandemente. »

(*Joann.*, xii, 26.)

La solemnidad de este día, hermanos míos, no es mas que el cumplimiento de aquella profecía del Salvador del mundo. Esta solemnidad está instituida en honor de todos los Santos: hoy alabamos su gloria, su felicidad; veneramos sus imágenes y sus reliquias con un culto enteramente especial; imploremos su proteccion, invocamos sus nombres, y ponemos á la vista todos sus méritos. La Iglesia no es en esto mas que intérprete del pensamiento de Dios, órgano de sus designios, ministro de su providencia, con relacion á los Santos; porque el Dios Padre quiere que todos los servidores fieles, que todas las almas consagradas, que todas las almas bienaventuradas que reinan con su Hijo en el cielo, sean veneradas y honradas por los hombres en la tierra, así como el mismo Jesucristo nos lo ha revelado y nos lo ha prometido: *Si quis mihi ministraverit, honorificabit eum Pater meus.*

Abandónese pues, hermanos míos, á la incredulidad el tratar de supersticioso el culto de los Santos; abandónese también á la herejía el llevar mas léjos su insolencia, atreviéndose á acusar á la Iglesia universal de idolatría á causa de este mismo culto. No es menos cierto por eso, hermanos míos, que el dogma católico del culto de los Santos es un dogma mas antiguo que el mundo, y que se dirige á los instintos de la humanidad, á la esencia de la religion, al espíritu y á la letra del cristianismo; y que la gloria de Dios y nuestra propia